



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III 30 de agosto de 1890 Núm. 148



CENTINELA DE CABALLERÍA RUSSO







## UN RATO DE CHARLA

**D**E nuevo ha aparecido en la superficie de la sociedad española un síntoma que denuncia el mal estado de su organismo; es decir, han aparecido otros síntomas también, verdaderamente curiosos, como los que podría observar en sus pensionistas el director de un manicomio; pero hago caso omiso de los tales, y me limito á charlar de lo que se relaciona con nuestras aficiones y conveniencias.

Me refiero al hecho de haberse presentado más de dos mil aspirantes, que se calcula llegarán pronto á tres mil, para alcanzar las cincuenta plazas de *sobrestante* que hay por cubrir. De los dos mil aspirantes contados hasta ahora, más de mil quinientos poseen el título de bachiller en artes.

Bueno es saber ahora que maldita la falta que hace el bachillerato para el empleo de sobrestante, valiendo mucho más que un bachiller cualquier albañil ú oficial cerrajero ó carpintero; y, sin embargo, esta es la desembocadura en el mar de la vida que andan buscando mil quinientos bachilleres.

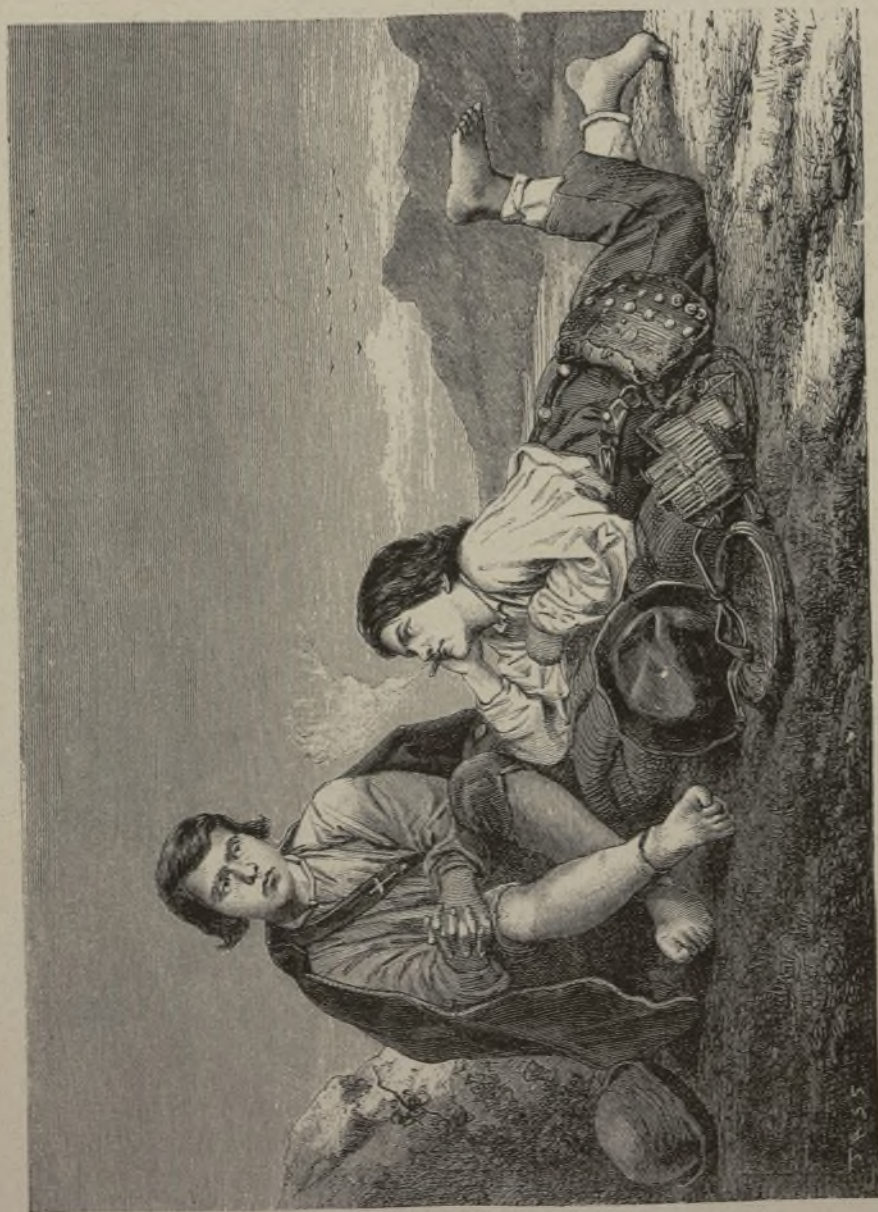
La cosa es para hacer reflexionar tan honda como dolorosamente.

Yo no acuso á esos bachilleres ni me burlo de ellos por sus modestas aspiraciones; yo no extraño que busquen una plaza de sobrestante: yo me pongo en su lugar, y no vacilo en decir que haría lo mismo á encontrarme en su caso. Pero ¿es propio eso de una nación civilizada?

Y es lo más triste que no se vea ningún remedio á tal situación. ¿Qué diablos va á hacer un joven una vez *bachillereado*? Peor sería continuar pagando matriculas y derechos para recibirse de abogado ó de médico ó de boticario; mayor desperdicio de capital. Por lo tanto, si hay cincuenta plazas de sobrestante, ¡á ellas! aunque un



bachiller convertido en sobrestante parezca tan extraño como un carpintero que se dedique á enseñar latín.



Los acordeonistas

Quiere decir eso que en España faltan salidas á la juventud. En otras partes los capitales, esto es, los dineros, se emplean en la in-



dustria, en la agricultura, en el comercio, en la construcción, en la marina, en mil empresas útiles, productivas, formales. Aquí el que tiene cuatro realejos compra *papel del Estado*, y que otro talle.

Y luego los desgobernantes dicen muy orondos que lo hacen como unos verdaderos Gladstones; que *los fondos suben*. ¡Oh, LOS FONDOS SUBEN!!!

¡Malhaya con las tales subidas! ¡Malhaya con esas insaciabiles ventosas que chupan hacia *las arcas del Erario* los capitales que mejor empleados estarían en el fomento de la riqueza del país! ¡Malhaya el pulpo que deja exangüe el organismo nacional para tragarse él solo los billetes de banco y los fabulosos centines y las arrobas de plata, abandonándose toda empresa particular!

¡Oh! ¿Por qué no llega pronto el día en que no quede ni la más leve sombra de contribuyente para con su dinero pagar los intereses de la Deuda? Así acabaríamos de una vez.

¿Sabéis cuántos millones de *Deuda* tiene España? Bueno, pues tiene muchos: la mar y sus arenillas.

¿Sabéis cuántos tienen los Estados Unidos? Pues *¡los Estados Unidos no tienen Deuda!* Allí no se conocen los *fondos públicos*, ni se puede jugar á la Bolsa. En cambio, su prosperidad es fantástica.

De ahí que en los Estados Unidos no se puede dar nunca el caso de que se precipiten tres mil aspirantes al asalto de cincuenta plazas con cuatro mil reales, porque hartas colocaciones hay para los jóvenes en los ferrocarriles, los canales, las fábricas, los talleres, las propiedades rústicas, la marina, los escritorios, los almacenes, las cien mil empresas de todo género en que ganan el pan los que quieren trabajar.

Pero aquí, en esta nación desventuradísima, ¿quién es el capitalista que piensa en invertir sus cuartejos en negocios particulares, como no sea en el préstamo usurario y en *papel del Estado*? Y así vemos á los pobres bachilleres, en medio de este inmenso país baldío, yermo, despoblado y plagado de desdichas, tender sus brazos al Estado para que les dé un empleo y les haga vivir del presupuesto.

¿Quién tiene la culpa?

Eso, averigüelo Vargas.

Siempre vuestro.

ANTOÑITO





## SOLITA

(Conclusión)

### III

Se echó la aurora su cendal de gala, y el día amaneció espléndido y hermoso, convidando á disfrutar de una temperatura verdaderamente primaveral.

Todos los vecinos de la villa salieron al campo, llamados por sus tareas los unos y como grata expansión los más. Ramón y Pedro, en cumplimiento de un piadoso deber, velaban junto al cadáver de Jaime, siendo tan imponente el silencio que reinaba en la mortuoria estancia que ninguno de ellos se atrevía á romper su severa majestad.

Ramón, menos timorato que su pariente, decidióse, al fin, á dirigirle la palabra, diciéndole con gran misterio y muy quedo:

—¡ Ah que acierto en lo que estás pensando!

—Y yo lo que piensas tú.

—Entonces no me he equivocado.

—Eso equivale á decir que piensas...

—Pues... en lo que debo. ¿Y tú?

—Yo también.

Abandonaron sus respectivas sillas, y, bajando más la voz, continuaron hablando de esta suerte.

—Ante todo debemos abrir este armario,—indicó Ramón señalando un mueble adosado en la pared.

—¿Supones que estará allí el testamento?

—Veremos á ver.

—Para ello nos precisa la llave del armario.



—¿Sabes dónde la guardaba el tío?

—Debajo de su almohada. Entre los colchones debe de estar.

—En ese caso, ¿te atreverías...?

—¿A qué? ¿No nos corresponde cuanto ese viejo tenía? ¿Qué menos, pues, que anticiparnos la posesión de una llave?

Y sin añadir palabra tomó la llave y abrió el armario, revolviéndolo de arriba á bajo en un santiamén.

El bolso codiciado no aparecía: lo solo que encontraron fué un pliego cerrado y sellado con lacre negro. Pedro rompió el sobre nerviosamente, y, después de leer con rapidez lo escrito, preso de horrible exaltación,

—¡El infame nos deshereda!—exclamó.—¡Esa maldita coja es su heredera universal!

—Sin embargo, el entuerto es remediable,—observó Ramón.—Destruimos la causa y desaparece el mal.

—¿Qué quieres decir?

—Que con ese documento tú y yo somos los herederos forzosos.

Y, sin añadir más, aproximó el documento á uno de los cirios que ardían ante el cadáver de Jaime, y, prendiéndole fuego en toda su extensión, en dos segundos lo hizo desaparecer.

Ocho días después un aviso del notario más antiguo de la población convocaba á los sobrinos de Jaime y á Solita á una reunión que debía tener efecto en la misma casa que ocupó el difunto, á fin de enterarles de algún asunto de particular interés.

—Solita es una intrusa: nada tiene que ver con nosotros,—exclamó Pedro una vez reunidos ante el notario.

—La herencia nos corresponde como á legítimos herederos que somos del difunto,—contestó Ramón.

—Esto es lo que ahora vamos á ver,—observó el notario colocando con gran cuidado una pequeña caja encima de una mesa, en torno de la cual tomaron asiento los reunidos.

—¿Eso qué es?—preguntó María.

—Será la caja de los diamantes,—repuso su hermana.

—O de los valores,—añadió Ramón.

—O de otro testamento,—dijo á su vez Perico.

—Nada de esto,—repuso el notario.—Su tío de Vds. era, en todo, un ser extravagante, más que original. En la última Exposición de París compró esta pequeña caja, que no es otra cosa que un fonógrafo. Verán Vds. con qué facilidad va á salir de su fondo la voz de su difunto tío.

—¡A ver, á ver!—chillaron las mujeres entre asustadas y curiosas.

—¡Que se calle!—gritaron en cambio los sobrinos.

Hubo choques de miradas, terrores internos, frases ininteligibles por el notario. Luego... luego callaron ellos, se santiguaron ellas, y el fonógrafo empezó á hablar.

«He guardado mi testamento,—dijo,—en el armario de luna de mi cuarto. Si mi notario no lo encuentra será señal de que mis sobrinos lo habrán sustraído, burlando de esta suerte mi postrera voluntad. Sin embargo, previendo el *caso*, he dejado copia del original en poder del señor cura.

»Y para demostraros que ni aun en el otro mundo dejo de preocuparme por vuestro bien, vuelvo de nuevo á la vida para repetiros verbalmente mis postreras disposiciones.

#### »ARTICULO I

»Como testimonio de acendrado cariño, lego á mis sobrinos Ramón y Pedro mis queridísimas sobrinas María y Teresa, y además veinticinco pesetas que destinarán para sufragios de mi alma.

#### »ARTICULO II

»Nombro heredera universal de todos mis bienes á mi querida ahijada Solita á fin de procurarle por ese medio un matrimonio ventajoso y una vida llena de holgura y comodidad.»

Ha llovido mucho desde entonces, pero entre los vecinos de Pueblarroja subsisten aún el pánico y la consternación producidos por la vuelta del tío Jaime desde el otro mundo, como que algunos juran y perjuran que todavía están oyendo su voz.

ANTONIA OPISSO







—¡Si llego á pillarte!...





La alegría de la casa



## LA ENVIDIOSA

No era posible decir cuál de las dos hermanas era más hermosa: si Jacinta ó Teodorita. Las dos eran blancas, rubias, esbeltas, graciosas y traviesas, con esa travesura ingenua de los niños.

Unicamente una cosa las diferenciaba.

Jacinta era un tanto envidiosilla, y esto causaba multitud de veces riñas entre las dos hermanas; riñas que, aun cuando no revestían importancia alguna, desagradaban á los padres de las jovencitas, que, como es natural, se condolían al ver que por el más fútil pretexto, dos hermanas que, como flores brotadas en un mismo tallo, debieran ir unidas por su cariño en todo, tenían frecuentes discusiones infantiles, terminadas regularmente con algunos arañazos de menor cuantía.

Algunas veces Teodorita se quejaba á sus padres de los golpes que su hermana le había dado en la reyerta; pero tuvo, al fin, que optar por callarse, pues detrás de la acusación, Jacinta tomaba venganza del castigo que sus padres le habían impuesto, tornando á golpear á su hermana.

Esta, toda bondad, tomó el partido, no ya de callarse, como hemos dicho, sino de acceder á todo cuanto la envidiosilla deseaba.

Antes Teodora resistíase cuando Jacinta le cogía sus juguetes por tener rotos los suyos, cuando al ir á merendar pedía la ración más grande, cuando escogía el traje que parecía estar más bien adornado; y así en todo. Pero desde que comprendió que no había más remedio que transigir para evitarse arañazos, á todo callaba, por nada reñía, y, víctima de las envidias de su hermana, su vida era un continuo sufrimiento.

Los padres de la jovencita comprendieron que aquello no podía seguir de tal modo por multitud de razones. Si Jacinta crecía con tales hábitos no sería la joven perfecta como ellos habían soñado. Además, Teodora era la niña mayor, y, naturalmente, no debía ser postergada por la más pequeña. De aquí que decidieran dar una lección, y con ella el escarmiento, á la envidiosa Jacinta.

Y, en efecto, á los pocos días el padre de las niñas llevaba á cabo su idea del modo que vamos á ver.

Era por la mañana y la hora de tomar el chocolate, cuando toda la familia se hallaba sentada alrededor de la mesa.

En el centro de la mesa veíase un plato grande lleno de panecillos, entre los cuales había un grueso bollo con azúcar.

Todos habían tomado ya su parte, y en el plato quedaba solamente uno de los panecillos acompañado del rico bollo.

Teodora y Jacinta extendieron el brazo para cogerlo.

A las dos les había agradado, las dos lo deseaban, y, por esta vez, la her-



mana mayor (advertida, sin duda, por su padre) se empeñó en ser la que se lo comiera.

Jacinta se exasperó diciendo:

—¡Yo quiero que sea para mí!

—¡También yo!—contestaba Teodora.

—¡Tengo yo derecho!

—¿Por qué?

—Porque soy la más pequeña y debe complacerseme.

—Al contrario: los pequeños son después de los mayores.

—Yo me lo comeré.

—No te lo comerás.

—Lo veremos.

—Pues lo veremos.

Y las dos hermanas se abalanzaron hacia el plato.

Pero Teodora hizo tarde para cogerlo, quizá de propio intento.

Jacinta, alegre y triunfante, sonrió al ver entre sus manos el codiciado bollo.

—Te gané.

Teodorita, por toda contestación, cogió el panecillo y empezó á tomar el chocolate con la mayor calma.

Los padres de las niñas sonreían satisfechos.

Habían logrado su deseo.

Al hincar el diente Jacinta en el bollo que tanto le agradaba, un grito de sorpresa y dolor se exhaló de sus labios.

Estaba untado de algo que amargaba excesivamente.

Como hecho de intento, ni agua había en el vaso.

—Así aprenderás á no ser envidiosa, porque la envidia es lo más feo que pueden tener las niñas como tú,—le dijo su padre.

Y desde entonces Jacinta fué más complaciente, y, escarmentada del todo, se igualó hasta en la bondad de sus sentimientos con su buena hermanita.

Sírvaos esto de ejemplo, queridos camaradas.

LUIS DE VAL





## DESDE MÁLAGA

**M**ás bien que las palabras que encabezan, podría decir «desde el Colmenar.» Y esto, dicho sea en verdad, con más propiedad, pues es desde este pueblo donde, coordinando los apuntes que tomé en Málaga, voy á unirlos, aquí en la vida campestre, de la cual decía tan filosóficamente Fr. Luis de León:

¡Qué descansada vida  
la del que huye el mundanal ruido  
y sigue la escondida  
senda por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Sin que por esto quiera decir que soy sabio, sino únicamente manifestaros que he trasladado mi domicilio por quince ó veinte días á este bendito pueblo, en cuyas *lisas y llanas* calles me he dejado tres ó cuatro pares de zapatos.

—¡Qué lástima que no dieran por aquí una vuelta nuestros más encopetados personajes!

En fin, para concluir, en la escuela provincial (?) de declamación se han distinguido, en los últimos exámenes verificados, las Srtas. Luisa Morilla, Pura Guerra, Victoria Canela, Amparo Cárcelos y Matildita Jabradela.

El 1.º de setiembre saldrá el semanario escolar *La Juventud*, de cuya redacción me honro formando parte, así como también de ser su *petit accionista*.

Siempre vuestro camarada,

ANTONIO RODRÍGUEZ GORDÓN

Colmenar, 15 agosto 1890.

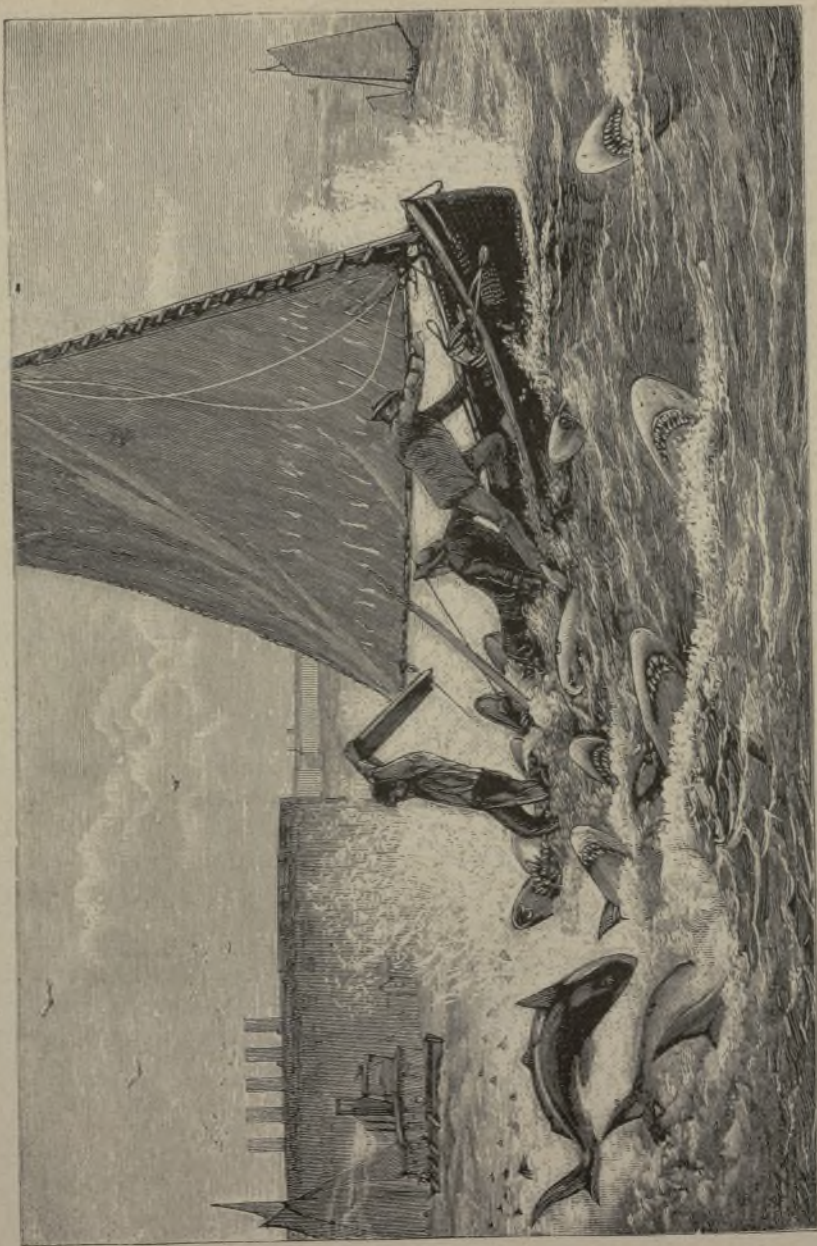
## Colegio de las Escuelas Pías de Getafe

Resultado de los exámenes de primer curso de latín y castellano.

**SOBRESALIENTES:** D. Eusebio Peinado, D. Andrés Maroto, D. Enrique García, D. Vicente Marín, D. Luis Bartasar, D. Mariano Asua, D. José de Baeza, D. José Roldán, D. José Serrano.

**NOTABLES:** D. Francisco Brotons, D. Francisco Moro, D. Enrique Moreno, D. Julio Debeito.





Los tiburones

BUENOS: D. Angel Debeito, D. Manuel San, D. Cándido Cerbera, D. Manuel Reig.

APROBADOS: D. Manuel García, D. Jerónimo Pereira, D. Angel Hoya.  
Siendo veintiuno los presentados á examen resulta un solo suspenso.



Felicitamos cordialmente á los señores que después de un curso de constante y provechoso estudio han logrado las honrosas calificaciones respectivas.

A. DE S. PEDRO

## — NUESTROS GRABADOS —

### CENTINELA DE CABALLERÍA RUSO

El poderoso imperio moscovita cuenta con gente sobrada para hacer la guerra siempre que quiera, y, si bien todas las armas son dignas de la más particular estimación, puede que sobresalga la caballería (como sucede también en Austria) en materia de perfecta organización y peregrinas prendas. ¡Quiera Dios, sin embargo, que por largos años se estén quietos los regimientos y no sea necesario ponderar los buenos servicios de los exploradores rusos!

### LOS ACORDEONISTAS

No respondo de que encontréis esta palabreja en el *Diccionario*; pero á la fuerza se ha de llamar *acordeonista* al que toca el acordeón, á menos de no llamársele *acordeón* á secas, como se dice el *trompa*, el *cornetín*, el *bombo*, etc. Yo, á *acordeonista* me atengo.

### ¡SI LLEGO Á PILLARTE!...

Eso dice el gato mentalmente, fijándose en el canario; pero ya cuidará la amita de que no pueda realizar sus pajaricidas designios.

### LA ALEGRÍA DE LA CASA

Padre y madre contemplan al chiquillo con inefable deliquio. Son honradas gentes, marineros; ¡y el pobre marino se considera tan feliz cuando después de un largo viaje puede deleitarse al fin en la dulce compañía de su familia!

### LOS TIBURONES

Dios nos libre de un encuentro como el de esos pobres pescadores; y, sin embargo, nada más fácil, si bien no aquí en España. Pero ¡qué de tiburones no infestan en cambio las costas de Cuba, de México, del Brasil y de África!

Es el tiburón una fiera horrible, y bien hacen los que estudian ahora la manera de destruirlos mediante el empleo de la dinamita.

### EN EL SENO DEL HOGAR

El padre dirige la educación musical de uno de los nenes; la madre hila; la abuela se ocupa en preparar la comida. Todo es paz en la casa; todo respira la santidad del hogar y la serenidad de la conciencia. Son gente laboriosa que encuentra la más preciada satisfacción en el cumplimiento del deber.



## JUANITO Y RAFAELA

*(Continuación)*

No había podido ver Gertrudis sin mucho sentimiento la evidente preferencia que atestiguaba D.<sup>a</sup> Emilia por su hijo. Volvióse, pues, en silencio á su cuarto con la niña, y Rafaela dijo con tono satisfecho:

—¡Qué guapo es!

—¿Quién?—preguntó con mal humor la solterona, á pesar de saber perfectamente que se trataba de Juanito.

—Mi hermano,—dijo la chiquilla.

—¡Pobre niña!—murmuró Gertrudis entre dientes.—¡No sabes todo el mal que te está haciendo!

—¡Oh, no!—exclamó Rafaela, que lo había oído.—Juanito no me hará nunca ningún daño.—Y su instinto en aquella ocasión la servía mejor que no la razón de la anciana.

El día antes había preguntado D.<sup>a</sup> Emilia si Rafaela sabía leer, y Tula le respondió que en los últimos meses que vivió D.<sup>a</sup> Encarnación Martínez había aprendido algo.

—Pues es menester que continúe,—replicó D.<sup>a</sup> Emilia.—Rosario conoce á una profesora muy buena que la enseñará á leer, escribir y contar; y si te portas bien, Rafaela, me proporcionarás mucha satisfacción.

La chiquilla no respondió; pero como el solo nombre de Rosario era un espantajo para ella, hizo resolución de no aprender á leer, ni por pienso. Por lo tanto, al presentarse el lunes la maestra, introducida por la camarera, Rafaela, cogiéndose del brazo de Gertrudis, declaró terminantemente que no quería aprender nada, siendo inútil cuanto las tres mujeres le dijeron durante un cuarto de hora para vencer su obstinación.

Obligada á ceder á los gritos y á los lloros de la chiquilla, que pateaba sin querer escuchar nada, salió Rosario llevándose á la profesora; pero ya se puede calcular qué efecto produciría en D.<sup>a</sup> Emilia la relación que le hizo de aquella escena: tanta fué la cólera de la buena señora, que declaró que Rafaela no entraría en su gabinete antes de que hubiese dado una lección.

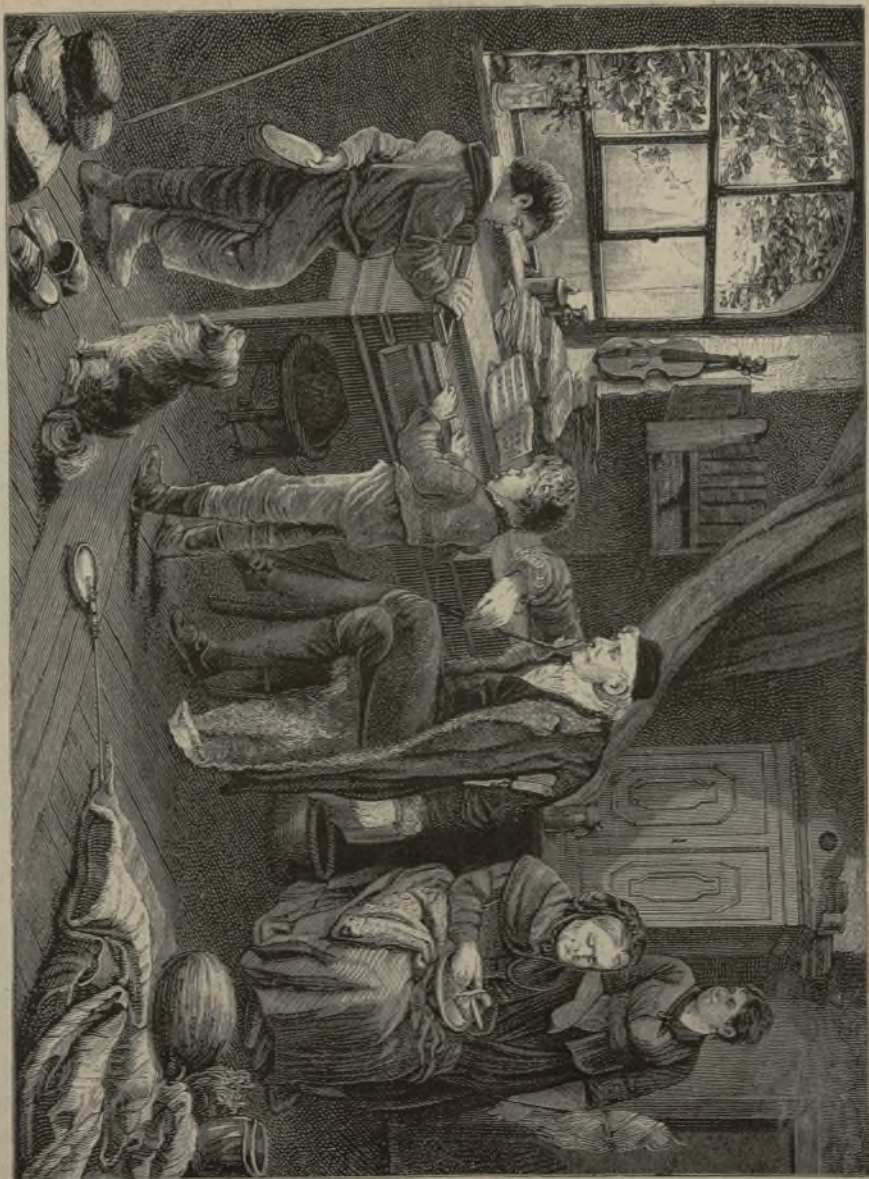
—Así me gusta,—dijo Rafaela cuando Gertrudis, hecha un mar de lágrimas, la enteró de aquella resolución;—así ya no me llevarás más á verla por las mañanas, y te prometo que seré muy buena y que te obedeceré siempre.

Hablando así, se había sentado en el regazo de la solterona, la besaba y enjugaba sus lágrimas con su manecita, suplicándole que no se afligiese; y Gertrudis, sensible á tanto cariño, acabó por consolarse diciéndose que semejante estado de cosas no podía durar y que ó la madre ó la hija cederían.

Cuando el domingo siguiente llegó Juanito á casa de su madre para pasar en ella las vacaciones, su primer cuidado fué pedir noticias de Rafaelita, á la que esperaba ver á la hora del almuerzo. Entonces D.<sup>a</sup> Emilia le contó todo



En el seno del hogar



lo que había ocurrido y se deshizo en amargas quejas sobre el terrible carácter de la muchacha, á quien había desterrado de su presencia, rogando á Juanito no le hablase de ella hasta que aquella perversa criatura se hubiese sometido á su voluntad.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor, Ancha de San Bernardo, 38, principal, MADRID.—Ramón Molinax: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA